

Era verdad que Rosa acababa de volver á su casa. Metióse en la cama y no pudo conciliar el sueño, porque ante sus ojos desfilaron mil espléndidas visiones semejantes á las tentaciones de los anacoretas, é imaginábase que se hallaba en la cúspide de las grandezas, ataviada lujosamente, y ella que sirvió hasta entonces á los demás, servida por criados de magnífica librea.

De ese modo su pobre madre estaba al abrigo de todas las privaciones, y Anita, esa criatura tan cariñosa y fiel, se convertiría en su doncella favorita, y así se acababan las noches en que apenas podía descansar, pensando en el día siguiente, el cansancio y esas humillaciones que tanto la hacían sufrir.

Recordaba, además, Rosa, que cuando le indicó que entre ambos se interponía un obstáculo, el Marqués hizo un movimiento mal reprimido de cólera y de rebelión, por lo que presumió que sería á un amo al que se iba á entregar, y no á un amante. Y Rosa no quería esto, decididamente no podía amarle, y era demasiado altiva para venderse, por muy grandes que fuesen las ventajas que pudiese ofrecerla.

A eso de las seis rindióla el cansancio, á pesar de la febril excitación que la dominaba, y quedóse dormida con un sueño pesado y penoso, y á los pocos momentos soltóse el resorte del despertador, y éste empezó su acostumbrado estrépito.

Despertóse sobresaltada Anita, sentándo-

se en la cama y estregándose con fuerza los ojos.

—¡Tan pronto!—murmuró con desconuelo.

Su desgracia era demasiado cierta; tenía que abandonar la camita, que no obstante su estrechez y dureza, parecía más blanda y cómoda que la más lujosa de todas. ¡Pobre niña!

Obedeciendo la consigna, saltó de la cama, y acercándose á la de Rosa, pasó á ésta el brazo por el cuello, lo mismo que una hermana pequeña á la mayor, y besándola con acendrado cariño, la preguntó:

—¿Vamos?

A la hora de ocurrir esto, Rosa y Anita se presentaron en el Mercado.

La hermosa pescadera estaba pálida y ojerosa, y la primera cara que vió al acercarse al grupo de los que pujaban los pecados fue la de Meraud.

El antiguo corredor la dirigió una mirada insolente y sonrióse al mismo tiempo burlescamente.

## V

No se había engañado en sus apreciaciones la lectora de la condesa de Kerhoët, pues mientras tanto se entretenía en escribir la

larga carta á su amiga, hablaban recio en la habitación del Almirante.

Como sabe ya el lector, esa habitación hallábase precisamente debajo de la de la señorita de compañía.

Desde el día en que el Almirante reveló á su esposa el secreto de la sustitución, hallábase ésta en un estado de agitación imposible de describir, habiendo dejado de ser la hermosa Valentina que cruzaba en sus magníficos trenes por los paseos de Trouville, llamando la atención de todos, sin que nadie imaginase que en el fondo de su corazón existía la herida casi cicatrizada que la causara el abandono de su esposo.

A la sazón no le quedaba nada y hasta su hijo evitaba su presencia y no tenía ni hija ni marido, y esto hacía que estuviese nerviosa, avergonzada, llena de terror, y su falta caía sobre su cabeza con todo su peso abrumándola, y en vano llegaba hasta el extremo de quererse declarar en rebelión contra su destino.

Quería entrañablemente á su hija, á esa Marta tan enfermiza durante su infancia y á cuyo padre aborrecía, porque era un egoísta que sólo pensaba en sus placeres mostrándose indiferente para todo lo demás, y ese cariño convirtiéndose para Valentina en un refugio al que acudía con tanto mayor anhelo, cuanto que la desventurada niña no contaba con nadie que pudiese protegerla. Casi puede decirse que prefería la desheredada á la hija de quien se veía casi obli-

gada á renegar, á su otro hijo, al feliz y privilegiado que había entrado en la vida por la puerta grande de la elevada posición y la riqueza.

Marta, á la que rodeó de tantos cuidados y tanto cariño, no tenía ningún vínculo de parentesco con ella, ¡estaba robando el sitio que debía ocupar otra!

¿De dónde procedía y en dónde la encontró el Almirante? ¿En qué lupanar ó cloaca?

Estos eran otros tantos misterios que la Condesa no podía resolver. ¿Qué habían hecho mientras tanto de su hija?

Si su hija ocupaba el lugar de la niña tan infamemente vendida, ¿en qué manos habría caído? ¡Semejante crueldad en aquel hombre era increíble!

La necesidad de presentarse en sociedad y de satisfacer las exigencias de ésta obligáronla á ocultar sus ansiedades y angustias sufriendo los más crueles dolores que madre alguna pueda experimentar.

El Almirante le ofreció un pacto para arreglarlo todo.

*Reveladme el nombre de vuestro cómplice, y en cambio os entregaré mi secreto.*

Pero, ¿qué mujer habría cedido desde luego á esa imperiosa voluntad, á esa orden? ¿Por qué quería conocer al hombre que si no le había deshonrado, destruyó al menos su felicidad, y perturbó para siempre una existencia tan envidiable?

¿Para qué? Para exponer su vida en un duelo en el que Valentina creía que todas

las probabilidades de éxito serían en favor del culpable? ¿Podía prestarse con su delación á que tuviese ese desenlace fatal una querrela inevitable?

Durante muchos días luchó en vano para salir del abismo en que había caído, y en sus noches de insomnio figuróse la ver á su hija, la que tal vez la llamaba en su socorro tendiéndola los brazos como un náufrago que lucha con la furia de las olas, y al fin desaparece entre ellas.

En esos momentos creía que iba á volverse loca, ¿qué la importaba todo lo demás? ¿Y el Duque?

Le aborrecía con toda su alma, y si hubiese podido herirle con un golpe mortal en los instantes en que sufría esas horribles torturas, habríalo hecho sin vacilar lo más mínimo.

¿Y el Almirante?

Habíale amado con pasión derramando lágrimas de sangre por la indigna traición de que se hiciera culpable para con él. Pero, ¿á la sazón no era su peor y más cruel enemigo?

Su belleza cambió y se convirtió en la muda estatua del dolor, y al verla dijérase que era un alma en pena en la que se libraba rudo combate de remordimientos ó recuerdos.

Benita, á pesar de sus cariñosas exhortaciones, no consiguió que su señora abandonase su feroz mutismo.

En la apariencia el Almirante pasaba in-

diferente al lado de la mujer de quien ni una sola emoción se le escapaba, y cuyas pulsaciones, por decirlo así, repercutían en él. Siguió recibiendo á sus amigos, invitándoles á dar paseos por el mar en su *yacht*, que se deslizaba sobre las aguas con la ligereza de la gaviota, aceptaba todas las invitaciones, y al parecer era el hombre más tranquilo é indiferente de la tierra.

Mostrábase muy reservado, hablaba poco y vivía con modesta sencillez, siéndole más fácil que á otro cualquiera disimular sus verdaderas impresiones, dadas las condiciones de su carácter.

Una noche, la misma en que Marta escribió su carta, retiróse el Almirante más temprano que otras veces á su cuarto, y allí en la soledad desapareció la careta tras la que se ocultaba, y el hombre tal cual era apareció al natural.

El rostro generalmente impasible del conde de Kerhoët reveló profundas angustias; la muerte de su amigo el doctor Montel habíale impresionado mucho y tenía siempre presentes en la memoria los reproches de aquel hombre tan honrado como digno. Montel fue la primera víctima de sus resentimientos, y no podía tener la menor duda acerca de que el remordimiento había abreviado la vida de un hombre de conciencia tan sensible y delicada.

¿Qué sería de aquella encantadora joven de la que Jorge había hecho el retrato?

Quiso acabar de una vez, porque las car-

tas de Florencia Carpiquel eran cada vez más apremiantes y á ellas debíase su regreso.

Hacia veinte años que esperaba llegase el momento psicológico para cerrar aquella era sombría de venganza y de castigo. ¿Acaso no había sido éste demasiado excesivo? Si, en cuanto á la mujer infiel; pero tenía que castigar aún al otro, al ladrón de su honor, y quería á todo trance saber quién era.

Dió unas cuantas vueltas por su cuarto vacilando aún y abriendo un cajón de la mesa sacó un revólver, verdadera alhaja de gran precio, probó los gatillos y muelles para adquirir la seguridad de que funcionaba bien y con extraordinaria precisión.

En el momento en que se disponía á guardarle en el bolsillo oyó un ruido de pasos acompañado del roce de la seda en el suelo, en el corredor inmediato, y después dar tímidamente dos golpecitos en la puerta.

Dejó el revólver sobre la mesa y esperó. Llamaron otra vez y entonces levantóse y fue á abrir.

Hízolo y se encontró cara á cara con la Condesa que, no teniendo apenas fuerzas para sostenerse, apoyábase en el marco de la puerta.

Llevaba el cabello en desorden, estaba demacrada y arrebuñábase, más que otra cosa, en su peinador de seda gris con nianga corta.

Sin decir una palabra cogióla el Almirante de la mano y obligóla á que se sentase.

—Tengo que hablaros, ¿queréis oirme?— dijo con acento seco.

—No tengo ningún inconveniente.

Era la primera vez que desde que empezó su tácita separación hallábanse reunidos los dos esposos en una misma habitación.

El Almirante se quedó en pie ante su esposa.

—Hablad,—dijo con acento frío.

—Esto no es vivir,—balbució la Condesa no pudiéndose dominar más.—¡Valdría más que me hubiese muerto antes que sufrir estas torturas! Bajo las formas de la más impasible cortesía sois un hombre tan cruel, que dudo se encuentre otro igual. ¡No tenéis corazón!

El Almirante no se inmutó.

—Continuad,—dijo.

—He cometido una falta, lo sé,—significó diciendo Valentina con mayor violencia,—fue una locura y por ella me desprecio. Estaba sola, enferma, no quiero defenderme ni excusarme! ¡No, lo juro por Dios! Pero sí que habría rescatado mi culpa con una vida de arrepentimiento y de sumisión inquebrantable. No sé, no puedo deciros lo que habría dado porque entre nosotros existiese una franca reconciliación, para merecer y obtener vuestro perdón, y reconquistar ese cariño cuya pérdida lloré con tanta desesperación. Ignoraba que os hubieseis vengado de una manera tan cruel, porque realmente lo es lo que estáis haciendo.

—¿Lo creéis así?

—Si, y por eso vine. Durante muchos años os amé, mas ahora creo que os aborrezco. Hagáis lo que queráis, hay un amor en el corazón de la mujer que nadie es capaz de arrancar, y ese es el amor de madre, al que ningún otro puede reemplazar ni borrar. Es el amor que profesamos á nuestros hijos. ¡Quiero á mi hija!

—Buscadla.

—La quiero y la tendré por todos los medios, aun cuando tuviera que mataros para arrancaros una confesión.

—¡Me amenazáis!

El revólver estaba al alcance de la mano de la Condesa, que le cogió y apuntó á su esposo.

—Matadme,—dijo éste sin pestañear lo más mínimo.

Bajó la Condesa la mano y tiró el revólver sobre la mesa.

—¡No! ¡No puedo! Cuando estoy lejos y no os veo soy fuerte; pero viéndoos no puedo odiaros, ¡estoy loca! ¡Pierdo la cabeza! ¡No sé lo que va á ser de mí! ¡Tenedme compasión, Jacobo!

De sus ojos ardientes escapóse un torrente de lágrimas, y cayendo de rodillas ante su esposo rodeóle la cintura con sus brazos medio dormidos.

Levantóla el Almirante con mucha dulzura y en sus ojos, que la Condesa miraba fijamente para leer en ellos su sentencia, vióse brillar repentino fulgor que desapareció en seguida.

¿Era de amor ó de compasión?

Por un instante creyó Valentina que iba á ceder á sus súplicas.

—Sentáos,—dijo el conde de Kerhoët con voz temblorosa.

—¿Me rechazáis?

Arrastró el Conde una silla y se sentó á su lado.

—Escuchadme á mi ahora,—dijo.

Hacia veinte años, desde que pasaron para ella aquellos días tan venturosos, que no le había oído expresarse con esa voz que se los recordó.

—Deseo que comprendáis bien lo que tengo que deciros, Valentina, me conmueve el haceros sufrir tanto y sé cuan grande es el suplicio que estáis sufriendo. No puedo, sin embargo, evitarlo, porque los hombres entienden el honor á su manera, y yo antes no habría enrojecido ni tenido que bajar ante nadie la cabeza, y no quiero que en adelante ninguno que me codee pueda reirse de mí ó burlarse á mis espaldas. Decidme de una vez el nombre del que fue vuestro amante y acabemos; dejadme obrar con entera libertad, sino creeré que es á él á quien queréis proteger y que vuestras protestas son una mentira.

—¡Exigís de mí que cometa una infamia!

—No, es una expiación.

—No puedo obedeceros.

—Sois libre y podéis hacer lo que queráis.

—Moriré.

—Suele decirse con mucha frecuencia, y no obstante, se vive.

—¡Tened compasión de mí, Jacobo!

—Haced lo que os pido.

Extendió otra vez Valentina el brazo hacia el rewólver.

—Esta vez seré yo quien me mate,—dijo á su marido.

El Conde no replicó nada más que tres palabras:

—¿Y vuestra hija?

Inclinó Valentina la cabeza y ocultó el rostro entre las manos, y al ver el Almirante que á través de sus dedos filtrábase algunas lágrimas, acercóse:

—Valentina,—la dijo con mucha dulzura, con ese tono propio de los amantes cuando suplican.—Si te pidiese ese nombre como una prueba de confianza ó tal vez de ternura, porque mientras ese hombre se presente ante mis ojos como un recuerdo, quizás como una amenaza, no puedo perdonarte, ¿te negarías? Si te dijese que desde hace veinte años sufro indescriptibles torturas, un martirio que no tiene igual, que padecí todos los tormentos del pesar y de los celos, que son los peores, y constituyen el más terrible de los males, qué dirías? Si me deserré voluntariamente para no ver á ese miserable que causó tu desgracia y la mía, y para acabar de una vez, te diré que no puedo volver á tu lado, y si en lugar de amenazarte te suplicase, ¿qué harías?

—¿Y qué podría negaros entonces?—res-

pondió la Condesa centelleándola los ojos á impulsos de la embriaguez del amor.

—¡Habla!

—¡Es que no quiero que expongáis inútilmente vuestra vida!

—¡No tengas miedo!

—¡No puedo más! ¡Que suceda lo que Dios quiera! Dadme papel y pluma.

—Ahí los tenéis.

En el instante en que iba á ponerse á escribir, detúvose la Condesa.

—¿Me devolveréis mi hija?

—Os lo prometo. Dentro de algunos días os acompañaré á donde está, no puedo hacerlo ahora porque para terminar este asunto necesito algún tiempo y quiero estar seguro de vuestro silencio.

—Ese asunto... ¿será un desafío?

—Puede que sí.

—¿Y si os matan?

—Trediou, en el que podéis tener tanta confianza como conmigo, os entregará mis instrucciones con todos los detalles necesarios.

—¿Y por qué no olvidar, Jacobo?...

—¡Es imposible!

—¡Qué sea lo que queráis!

Escribió rápidamente un nombre en el papel y se lo presentó al conde de Kerhoët.

—¡Rouévres!—dijo éste con mucha frialdad.—Debia ser él porque me lo figuraba.

Dobló el papel y lo guardó en su cartera.

—Ahora hablemos,—dijo.—Os doy las gracias por lo que hicisteis, y deseo que no

digáis nada de lo que acaba de ocurrir á nadie.

—A nadie.

—En adelante no cambiaréis en lo más mínimo la vida que hoy lleváis.

—Así lo haré.

—No diréis ni una palabra ni haréis un gesto que pueda servir de aviso al Duque.

—Os obedeceré sin vacilar. Mas Dios quiera que tanta obstinación no os traiga alguna desgracia á vos... ó á mí.

—Tranquilizáos, no sucederá nada.

—¿Y mi hija? Habladme de ella, ¿en dónde está?

—En seguridad.

—¿De qué modo se crió y educó?

—Como una hija del pueblo.

—¿Es pobre?

—Sí, lo es; pero soporta con mucho ánimo su pobreza.

—Habréis velado por ella.

—Menos de lo que debí hacerlo; sin embargo, no la abandoné.

—¿Y qué hace?

—Trabaja para ganarse la vida.

—¡Pobre hija mía! ¿Y con quién está?

—Con una mujer que cree que es hija suya y á la que ella cree su madre. Esa mujer ignora lo mismo que vos el trato que yo hice con otra, y es, por tanto, inocente de lo que haya podido suceder. El único culpable fui yo y conté con el auxilio de dos cómplices. Ambos murieron ya hace tiempo.

—Decidme, Jacobo, ¿y cómo es esa niña?

—Muy hermosa.

—¡Ah!

—Sí, tan hermosa como lo eráis vos cuando ella nació.

—¿Y podré verla?

—Muy pronto.

—¿Y podré tenerla á mi lado?

—Lo mismo que á la otra; podréis obrar como os aconseje vuestro corazón, y hasta, si se os antoja, decirla que sois su madre.

—¡Ah! ¡Sois grande y generoso!—murmuró la Condesa.—¡Qué bueno sois!

—Creo que antes lo era, pero por vuestra culpa me volví malo y rencoroso.

—¡No he sido culpable!

—Sí, lo fuistéis al destruir la felicidad más grande que puede encontrarse bajo la capa del cielo.

—¿Llegará un día en que podáis perdonarme, Jacobo?—murmuró la Condesa poniéndose en pie y cogiéndole una mano.

El Almirante volvió la cara á otro lado.

—¿No es perdonaros el devolveros vuestra hija?—contestó en voz muy baja.

No queria ver aquellos ojos negros que le miraban con tenaz insistencia y que le fascinaban.

Apoderábase de él por momentos creciente emoción al sentir que sobre su mano temblaban los mórbidos brazos de aquella mujer á la que amara un día con tanta pasión, que huyó de su lado después de saber que era culpable por temor á ceder á un arranque de clemencia, que habria considerado toda la

vida como una deshonra y una cobardía.

No había concluido aún todo, y le quedaba una parte de su penosa tarea por hacer.

—Separémonos,—dijo á Valentina,—y tened ánimo, porque dentro de pocos días váis á ser dichosa, ó al menos así lo espero, y en cuanto á mí, volveré á emprender mi vida errante.

—¡Jacobó!

—¡Adiós!

Acercóse el Conde á la puerta y la abrió.

De pronto recobró su aire altanero y la impassibilidad de su rostro impenetrable, y al verle Valentina salió de la habitación inclinándose la cabeza.

Quedóse solo el Conde, exhaló un profundo suspiro, y murmuró entre dientes el nombre del Duque, tendiéndose luego en su lecho colocado frente por frente del retrato de la Condesa.

A los pocos minutos quedóse dormido con el sueño tranquilo del soldado valeroso en la víspera de la batalla.

## VI

Al presentarse Rosa Godin en la subasta no la dijo nada Meraud, limitándose á dar vueltas á su alrededor como un curioso pudiese hacerlo en un escaparate, pero espe

rando á que llegase la hora del abordaje, quiso empezar las hostilidades por otro lado.

Observólo la madre Brejot y dijo á sus compañeras:

—Estoy segura de que el pillastre quiere asesinar á esas infelices.

Lo cierto era que existía una guerra declarada y sin cuartel que revelaba una odiosa cobardía por parte de Meraud, y que si bien muchas personas se habían apercebido de ello, en cambio Rosa no se fijó, sin duda, porque era la historia tan antigua, que sus principios estaban envueltos en tinieblas.

Mientras duró esa lucha, que Rosa atribuía á sus discusiones y rivalidades con Clara la *Pintada*, y que sostuvo sin cesar creyendo que así acabaría más pronto quizás, las vendedoras del Mercado dividiéronse en dos partidos.

La reina del Mercado tenía sus partidarias y sus enemigas, empero es preciso confesar que de su parte estaban las simpatías del mayor número, y contaba, además, con la serenidad con que recibía los ataques y el buen humor con que los rechazaba, permaneciendo siempre impassible como si el dinero no tuviese ningún valor á sus ojos.

—Como siga mucho tiempo esa marcha, pronto llegará al fondo del saco,—decíanse unos á otros los amigos de Meraud.

—La lucha es imposible, porque Meraud es fuerte, pero... las Godin...

Al oír esto enfureciase la buena señora Brejot, y echaba espumarajos de rabia al

ver que no podía decirle á Meraud todo lo que se la venía á la boca para darle así su merecido, y la sangre se la agolpaba á la cabeza coloreando sus redondas mejillas.

Sucedió, no obstante, que Meraud se acercó dando vueltas por allí al puesto de la Brejot, y esta circunstancia permitió á la buena mujer descargar su corazón.

—¡Está decente lo que hacéis!—le dijo de buenas á primeras cuando le vió á dos pasos del puesto.—¡Muy decente! ¡Cómo si en el Mercado no hubiese sitio para que todos pudiesen ganarse el pan! ¿Qué es lo que os proponéis? ¿Queréis que se mueran de hambre la madre y la hija?

—¡No os metáis en lo que no os importa!

—Os juro que si se tratase de mí ya os habría cruzado la cara, viejo camastrón!—replicó la honrada pescadera.

—¡Bah! ¡No os sofoquéis tanto, madre Brejot, que os puede dar algo! No os apuréis, que muchachas tan guapas como esa no se mueren nunca de hambre.

—Ni os da vergüenza.

—Si no me he de morir más que de esa enfermedad, paréceme que estoy asegurado por cien años.

—Sí, aquí todo el mundo sabe lo que sois,—dijo la Brejot volviendo á la carga animada por los murmullos de las demás,—y lo que os proponéis, pero limpiaros, que ese pájaro no se hizo para vuestro hocico; ¡so tití! ¡Camastrón!

—¡Titi!—murmuró Meraud.—¡Titi!

Este epíteto le molestó mucho y todas las pescaderas echáronse á reír repitiéndolo, por lo que comprendió el ex corredor que allí no estaba de su parte la ventaja y se retiró prudentemente.

Una vez instalada Rosa en su puesto entregóse á sus tristes cavilaciones comprendiendo cuanta razón tenía al temer que, á seguir de esa manera, pronto desaparecerían sus escasos ahorros, viéndose reducidas á tal miseria, que tendrían que ponerse á servir en casa de otros pescaderos.

La *Pintada* ofrecía sus géneros á precios muy bajos y perdiendo dinero, y así lo hizo obedeciendo las órdenes de Meraud.

La parroquia de Rosa no desertó en los primeros momentos, mas esas complacencias se pagan más pronto ó más tarde y no faltó quien la dijese que aquel precio pronto acabaría.

A eso de la una y después de almorzar bien el ex corredor se presentó en el Mercado á dar su paseito acostumbrado en compañía de su inseparable, de su sombra, el comerciante de salazones. Proponíase conseguir su objeto al hacer eso, y antes de acercarse á la pescadería dió una vuelta por el pabellón de la caza.

Desde el pabellón de la volatería pasaron al de las verduras, en el que se extasiaron ante los montones de coles, judías verdes, zanahoras, guisantes y brécoles, que contribuían con sus variados colores á que el conjunto semejase al inmenso cuadro de Natura-

leza muerta, pintado por un artista admirable.

Llegaron á las carnicerías y allí sintió Meraud que apoyaban pesadamente la mano en su hombro deteniéndole. La mano era la de Ladurin, que estaba partiendo media vaca, dándole una lección práctica á su hermano Renato, y colgaba después, sin visible esfuerzo, los enormes pedazos en los bruñidos ganchos.

—Según tengo entendido,— dijo con voz ruda,— vuestra revendedora hace una competencia desastrosa á las Godin. No se habla de otra cosa en las pescaderías. ¡Sin duda queréis arruinarlas! ¡Valiente granuja sois!

—¿Y por qué?— replicó Meraud con tono jovial.—¿No es cada uno dueño de hacer lo que le dé la gana?

—¡Libre! ¡Ya lo creo que lo sois! Pero, ¿de qué os sirve el hacer daño? ¿Comeréis mejor que hoy cuando tengáis veinticinco luises más en el bolsillo? Y después tenéis vuestro plan, creéis que nadie lo sabe y todo el mundo lo presume; vais tras de la chica.

—¿Y vos?

—¿Yo? No digo que no; pero al menos trato de hacer lo que las personas honradas.

—¿Por buen camino?

—¿Y por qué no?

Echóse Meraud á reír, y mirando de pies á cabeza al carnicero, encaróse con el comerciante de salazones diciéndole:

—¿No te parece, Luis, que harían una buena pareja? La chica es guapa, y de éste no

hay que decir. ¡La señora Ladurin! ¡Peste! ¡Qué buena para detrás del mostrador, amigo, si es que pensáis estableceros algún día! Pero es muy peligroso casarse con una mujer como Rosa, y os aconsejo que no lo hagáis, ni siquiera lo intentéis.

A Nicolás Meraud solía irsele la lengua con mucha frecuencia, pero en aquel instante callóse. La mirada que le dirigió Ladurin fue tan amenazadora, que le inspiró miedo.

El ex corredor era muy robusto, pero comprendió que sería poco ventajoso para él medir las fuerzas con el Goliath del Mercado. Separóse algunos pasos, y á cierta distancia murmuró:

—Si sabéis historias, también las saben los demás, y si más adelante os gusta oírlas no faltará quien se encargue de contároslas.

—¿Y qué historias son esas?— respondió Ladurin dando un salto sin soltar la puntiguda cuchilla y acercándola á la garganta de Meraud como si quisiese degollarle.

—¡Eh! ¡Cuidado con esas bromas!— balbució.—¡Separad ese cuchillo! Otro día, cuando no estéis tan acalorado, os contaré mis historias.

A Ladurin hizole reír con toda su alma el rostro asustado del ex corredor.

—Vuestras historias no me importan un comino,— dijo,— y podéis ir á contarlas á otra parte.

—Eso es lo que pienso hacer, no os apuréis.

Internáronse los dos primos entre las man-

tecas y los quesos, tardando muy poco en marcharse de allí, porque los olores eran irresistibles.

—Ladurin es un oso al que no conviene atacar, —dijo el comerciante de salazones,— ¡qué pronto se entusiasma!

—Está muy prendado de Rosa, —replicó Meraud, —y á todos les pasa lo mismo, á Hipólito, ese esperpento, que es paisano suyo; á Barentin, el pregonero de las pujas, y hasta los mozos de cordel, todos la quieren.

—¡Diantre! —exclamó Meraud.— ¡Es una muchacha que tiene ángel! ¡Y qué aspecto!

—¡Y qué ojos! ¡Qué dientes! ¡Qué cabellos! —exclamó Nicolás.— Es cosa de tirar la casa por la ventana para complacerla, si es que no se puede conseguir de otro modo, pero no hace caso ninguno del dinero y se burla de él. La verdad es que no encontré aún ninguna que se la parezca, ¡es lo mismo que su madre en otro tiempo! No sé de donde demonios salen estas mujeres. ¡Y tener que confesar que no puedo quitármela de la cabeza!

Entraron en el pabellón de la pescadería, deteniéndose en casi todos los puestos, y examinando el género como conocedor y dando su opinión, y de ese modo llegó hasta el puesto de Rosa. Anita se plantó delante de él como un gallito pronto á lanzarse sobre su contrario, porque la niña comprendía cual era el objeto de sus maniobras, y adivinaba su animosidad; pero Meraud hizo un gesto para que se apartase.

Rosa estaba sentada al pie del puesto, y tenía la cabeza apoyada en la mano derecha.

—¡Oh! ¿Qué tal? Parece que hoy no anda muy bien la venta, —dijo con acento bondadoso, tras el que se adivinaba la burla.

—No anda muy allá.

—Valdría más que nos pusiéramos de acuerdo; siempre dije lo mismo.

—¿Vale la pena?

—A vosotras es á quien toca decirlo; si seguís así podéis veros muy mal.

Acercóse más, dicho esto, para que fuese Rosa la única que le oyese.

—¡A no ser, —añadió,— que el señor de anoche se comprometa á pagar los gastos!

—¡Ah! ¡Me estuvisteis espiondo! Debí figurármelo.

—¿Y qué es lo que os prometió? ¿Más manteca que pan? ¿Faisanes y trufas!

—¿No lo oísteis? Pues es una lástima.

—¡Vaya un coche bonito que te trajo á casa! Un coche que uno se podía ver la cara en el barniz de los tableros, si no hubiese estado tan obscuro. Tal vez, y esto será lo más cierto, no fue á la calle de Mondetour donde os encaminasteis, porque no pasan por el barrio muchos coches como ese con lacayos de librea, y así no me extraña que esta mañana haya quien tenga muchas ojeras y el cutis aplomado.

—Cuando concluyáis... —dijo Rosa Godin con mucha calma.

—No tenemos por qué incomodarnos; se trata de una chiquilla á la que conocí tan

alta como una bota, y no quisiera causarla ningún disgusto.

—¡Conque sí! ¿Y es para darme alegrías para lo que venis aquí á contarme todas esas historias?

—Nunca está demás un buen consejo.

—¿Para que encima hagáis que suban los géneros más de lo que valen?

—Eso es comerciar; ¿por qué no me quieres hacer caso? Pongámonos de acuerdo.

—Es imposible, mi madre no quiere de ningún modo; bien lo sabéis.

—¿Tanto me odia?

—No lo sé á punto fijo, más estoy segura de que no os quiere.

—Hace muy mal.

—¿Por qué?

—Porque sólo tengo buenos sentimientos para ella.

—Es una mujer honrada, y si como decís, os aborrece, es señal que lo merecéis.

—Y tú, Rosa, ¿piensas lo mismo que tu madre?

—Creo que no nos queréis mucho cuando tanto daño nos estáis haciendo. No sé por qué siendo tan grande el Mercado os estorbamos tanto. Cuando hayáis conseguido que nos quedemos sin un céntimo, ¿seréis más rico?

—No me comprendes, es que, por el contrario, yo quisiera enriqueceros.

—¡Puede!

—¡Palabra de que es así!

—Pero, ¿qué es lo que os proponéis?

—Es muy largo para expresarlo aquí donde hay muchas orejas que escuchan,—contestó Meraud dirigiendo una mirada á la Boucher y á la Brejot, que no le perdian de vista ni un momento;—pero si quieres no tengo ningún inconveniente en decírtelo todo en tu casa de paso que voy á hablar dos palabras con tu vecina.

—No os servirá eso de nada, porque os prevengo que mi madre está en Argenteuil.

—Lo sé,—respondió Meraud,—en casa de los Ragueneil. Según parece existe entre ambos una amistad como hay pocas.

—Sí, somos amigos.

—Estoy seguro,—dijo Meraud bajando la voz,—de que si la contase á la madre Ragueneil, ella que es tan recta en todo, lo que vi anoche...

—¡Y bien! ¿qué?

—Que habría un escándalo.

—Hacedlo.

—Soy incapaz, ¿me tomáis por un polizonte?—dijo contoneándose,—tengo ojos para ver y oídos para escuchar; pero, sin embargo, cuando llega la ocasión sé callarme.

—Como queráis.

—¿De modo que esta noche?—preguntó Nicolás mostrándose muy amable y lleno de complacencia.

—Si queréis.

—¿No me darás un plantón?

—No, á no ser que ocurra algo imprevisto.

—Si salieses, por ejemplo,—observó Meraud maliciosamente.

—No tengo que salir.

—¿Estás segura?

—¡Segurísima!

Como muestras de su alegría dió Meraud un puñetazo en el hombro al comerciante de salazones, que estaba muy entretenido hablando con Anita y que se tambaleó, faltándole muy poco para caer al recibir el empujón.

—¡Qué bonito eres!—masculló entre dientes el primo.

—Vámonos.

Llegaron á la calle y Nicolás se paró.

—Ahí tienes, viejo, lo que se consigue con perseverancia. Ven, que te pago una copa en casa de Vasin. ¡Se humaniza, hombre, se humaniza y hace tratable!

—¡Pillastre!—murmuró su primo.—¡Tienes tan poca moral...

—¡La moral! Créeme, Luis, no hay que darle vueltas; no hay como el placer antes, ahora y después. Vente á casa de Vasin.

—Pero, ¿y la madre?...

—¡Bah! ¿Acaso se sabe nunca con seguridad? No me hables de eso porque me empachas; si se pensase en esas tonterías, ¿á quién se dirigiría uno entre el montón?

Hipólito, el mozo de cordel, que volvía de un recado con el dinero para Rosa, se cruzó con los dos Meraud que se dirigían á la calle de Mondetour.

Luis se puso al fin al mismo diapason que su primo, y ambos reíanse á mandíbula batiendo!

A Hipólito llamóle la atención tanta alegría.

—¿Qué es lo que le pasará á ese granuja? Goza pensando en el daño que hace.

Hipólito se equivocaba; Nicolás Meraud no se alegraba del daño que había hecho, sino del que esperaba hacer.

Delante de su perseguidor conservó Rosa su altiva tranquilidad; pero en el fondo estaba tan descontenta de sí misma como de los demás, al ver que se habían enterado de la imprudencia que cometió.

¿Qué sucedería si Meraud hablaba? ¿Qué pensarían? ¿Cómo se interpretaría ese paseo por los Campos Eliseos en compañía de ese Marqués, cuya tarjeta arrojó á la cara de Clara, y su regreso en coche? Era cierto que tenía muchos amigos; pero, ¿qué dirían estos? Era fácil que el escándalo se propagase con tanta rapidez como si se tratase de un reguero de pólvora, y la madre Ragueneil tardaría muy poco en enterarse de todo lo ocurrido.

La madre del pasante, como suele sucederles á muchas de su clase, era tan severa con los demás como con ella misma, y tratándose de la moral no gastaba bromas, al modo que lo hacía Nicolás Meraud.

—¡Dios de Dios! Si hubiese tenido una hija,—solía decir algunas veces,—y á ésta le pasara algo, no habría sido de las que admiten las circunstancias atenuantes, las sujeciones de una gran población, las debilidades del corazón, y otras charlatanerías

con las que se quiere excusar la caída de una mujer.

En vez de eso, ¡qué recepción habría esperado á la desdichada en la casa materna! ¡Qué sermón! ¡Todo el mundo, hasta los extraños, habrían temblado!

Rosa no era su hija, y, no obstante, tembló, temiendo que llegase á oídos de la hortelana el rumor de lo que había, y lo temía más que si se tratase de su propia madre.

En el primer momento y deslumbrada por la sorpresa, creyó neciamente en aquella tentación y vaciló, ¡era tan seductora la perspectiva! ¡Marquesa! ¡Rica! ¡Su madre á cubierto de todas las penalidades por las que á la sazón pasaba sin temer nada y teniendo asegurado el venturoso porvenir!

Aquello no era más que una humareda que se disipó en seguida, y Rosa tardó muy poco en dominar esa pasajera embriaguez.

Lo que desde luego la atraía más hacia el Marqués era el deseo de saber, porque creyó que la iba á revelar algún misterio desconocido, la historia de su padre tal vez.

En el momento en que se presentó el Marqués, el primer pensamiento que se la ocurrió fue el de que iba á levantarse ante ella una punta del velo que cubría el pasado, y de la entrevista sólo sacó una nueva decepción.

El Marqués la indicó que la amaba, que estaba prendado de ella como Ladurin, Ragueneel ó sus conocidos, y de eso habíase hastiado ya.

No se parecía Rosa á esas jovencitas á las que rodean solícitos cuidados de madres ó de ayas, y á cuyos oídos jamás llegó la palabra *amor*, y que por lo mismo esperaban con ansia extrema el momento de oirla. Conocíala de antiguo bajo todas sus formas, y preciso es confesarlo, estaba cansada, sentía como hastío cada vez que la hablaban del amor.

De todos cuantos la rodeaban adulándola, á quien tenía en mejor concepto era á Pedro Ragueneel, al que conceptuaba mejor que los demás, conservando muy buenos recuerdos de él.

No sin alegría recordaba la escena del huerto y las confesiones que allí escuchara, y á veces también presentábase ante su memoria el rostro de Ladurin, de ese hombre que se mostraba tan sumiso con ella, y su recuerdo luchaba contra el de Pedro, pero éste tenía el prestigio de su traje, elegancia é instrucción.

Y sin embargo, el carnicero expresábase con instintiva delicadeza y con campestre poesía.

—Me hubiera gustado mucho vivir en vuestros valles,—decía á veces á la joven cuando la hablaba de su posición,—y hacer la vida de los grandes ganaderos, ¡si supieseis cuánto pienso en ello y qué dichoso sería si lo consiguiese! Esa es la verdadera existencia libre, rústica y sin trabas. Por desgracia, no hay que pensarlo siquiera, falta lo principal, que es el dinero.

Ladurin apreciaba las cosas con elevadas miras.

— Prefiero una gran tienda á una granja pequeñita; pero, á la verdad, me gustaría más una granja grande que una tienda, ¡no puedo acostumbrarme á vegetar, señorita Rosa!

Y mirando amorosamente con rasgados y expresivos ojos azules á la joven, añadía:

— ¡Por desgracia no se hace todo lo que se quiere!

Lo que hubiera colmado todos los deseos de Ladurin, habría sido el poseer en Normandía y en el fondo de sus valles, por la parte de Beuron ó de Victot, uno de esos antiguos y sólidos castillos que existen allí, restos de los buenos tiempos en que á los nobles señores agradaba la aislada vida del campo.

¡Qué fiesta más perfecta teniendo á su lado una mujer tan hacendosa como la linda pescadera!

De cerca impresionó á Rosa el Marqués, pero de lejos esa impresión borrábase para no dejar más que el recuerdo de las contradicciones que debían resultar de esa entrevista misteriosa cuyas consecuencias no había calculado bien.

El cariño de Rosa oscilaba entre Pedro Ragueneil y Ladurin, sin fijarse en ninguno de los dos, porque ni el uno ni el otro realizaba su ideal, mas ¿dónde encontrarlo?

Lo primero que hizo cuando entró en su cuarto fue escribir una carta á su preten-

diente de la vispera, pues deseaba por ese medio librarse de sus persecuciones.

*Señor Marqués:*

*No tengo carácter novelesco, y vuestra petición de ayer pudo despertar en mí necios deseos cuando sólo me inspiráis un pesar; el que produce el convencimiento de haber cometido una imprudencia.*

*Es indudable que el paso que di no tendrá más resultado que comprometerme y quizás perderme á los ojos de personas con cuya amistad soy feliz, y cuyo buen concepto tengo en mucho.*

*Podéis tener la seguridad de que agradezco mucho vuestra proposición, muy alagüeña para mí, si es realmente verdadera, pero no puedo aceptar de ningún modo.*

*Os saluda,*

ROSA GODIN.

Metió la carta en un sobre y escribió en éste:

*Señor marqués de Breynes.*

*Calle de Prony.*

Llamó á Anita, y dándole la carta mandóla fuese al correo. La niña, tan ligera como un pájaro, bajó á saltos la escalera y entró en una tabaquería de la calle de Montor-

gueil, al mismo tiempo que lo hacía también Pedro Ragueneel. Este fue el que puso el sello en la carta dirigiendo al mismo tiempo una mirada curiosa á la que había escrito en él.

¡El marqués de Breynes!

¿Qué quería decir aquello, y qué tenía que ver con la Godin?

Explicóle Anita que aquel señor á quien iba dirigida la carta había estado en el Mercado á buscar á Rosa. Este dato excitó la curiosidad del pasante é interrogó á la niña que sin desconfianza alguna enteróle de todo lo que sabía.

Estaba tan arraigada la confianza de Ragueneel en Rosa, que no se quebrantó por esa historia, por muy obscura que le pareciese, y se limitó á preguntar á la niña noticias de su protectora.

— Está buena, mejor se encuentra que los negocios, que andan muy mal, — contestó la niña, — hoy hemos ganado muy poco.

Hizo, además, algunas consideraciones acerca de la competencia de Meraud.

— Si dura mucho no podremos vivir.

Sonrióse Ragueneel porque cuanto más pobre fuese Rosa más pronto tendría que escuchar sus proposiciones y menos la asediarian los otros pretendientes, aparte de que estaba seguro de que le amaba y unos cuantos francos más ó menos importábanle muy poco. Encendió el cigarro y salió poco después de la tabaquería.

Antes de que pasasen muchas horas iban

á apoderarse de él las dudas y los celos, y aún no se había hecho de noche cuando ya no podía separar de su memoria el recuerdo de la carta.

¡El marqués de Breynes!

Mientras tanto, encerrada Rosa en su habitación, preparó en pocos minutos su comida que despachó sin entretenerse más que lo necesario, poniéndose después á arreglar su cuarto.

Sentóse luego á coser y remendar una falda vieja de Anita y esperó.

## VII

El almirante Kerhoët no era de esos hombres que vacilan una vez tomada una resolución, y la suya estaba tomada desde hacía muchos años.

Al día siguiente de su entrevista con la Condesa levantóse al amanecer y salió al parque, dió algunos paseos aprovechando la frescura de la mañana, volviéndose luego á su despacho en donde escribió unas cuantas líneas en una tarjeta. A las ocho llamó á Trediou, y dándole orden para que mandase enganchar, marchóse con él á Trouville, en cuyos muelles estaba anclado el *yacht*.

De los tres marineros que componían su